

## Hispanidad y modernismo(s): “Clarín” crítico en la encrucijada nacionalista de fines del siglo XIX

*Dentro del ensayismo crítico de Leopoldo Alas resulta necesario analizar el contraste entre su elogio del influjo francés en el adelantado modernismo catalán, y la denostación del modernismo americano por un esnobismo que adjudica – de forma repetida y paradójica – a ese mismo influjo francés que suele calificar de deseable para Barcelona. En el contraste mismo de sus opuestas apreciaciones sobre ambas grupalidades, pueden rastrearse tal vez los mecanismos más evidentes del nacionalismo de “Clarín”, en su contradicción suspensa entre el impulso de conservación de la tradición hispana y la pugna por reconocer el carácter emancipador de lo nuevo foráneo.*

Palabras clave: *Leopoldo Alas “Clarín”, crítica literaria, modernismo, Rubén Darío, literatura catalana*

*Within the critical essays of Leopoldo Alas, it is necessary to analyze the contrast between his praise of the French influence in Catalan modernism, and his dismissal of American modernism with a snobbishness that corresponds – in a repeated and paradoxical way – to that same French influence that he usually qualifies as desirable for Barcelona. In the contrast to his opposing views on both groups, perhaps the most obvious mechanisms of “Clarín”’s nationalism can be traced in their contradiction between the impulse to preserve the Hispanic tradition and the struggle to recognize the emancipating character of new foreign thought.*

Keywords: *Leopoldo Alas “Clarín,” literary criticism, modernism, Rubén Darío, Catalan literature*

Si hubiera que asentar rápidamente la postura de Leopoldo Alas frente a la irradiación modélica de Francia en el campo cultural europeo de fines de siglo XIX, habría que decir que Clarín se debatió muchas veces entre la fascinación y la resistencia. Puede identificarse el origen “contradictorio” de esa postura en la paradoja liberal que España misma atravesó en el período de entre siglos, al tener que lidiar a un tiempo con el declive de su herencia

imperial y con la necesidad urgente de revertir el estigma de desfase cultural que impedía su inserción “moderna” en el plano intelectual del continente.<sup>1</sup> La ambivalencia que Clarín y sus contemporáneos debieron transitar se dirimía entre la atracción por el nacionalismo erudito del legado cultural canónico, y la voluntad renovadora del ejemplo modernizador foráneo que Francia propugnaba. A pesar de la sagaz comprensión que Alas tenía del campo literario de su época, puede percibirse en él la paradójica situación de haber acordado a veces con cierta idea más conservadora de *hispanidad* y, a la vez, haber continuado propugnando los alcances innovadores del canon moderno francés. En esta línea, y más allá de la crítica al frívolo “afrancesamiento” de las letras, la protección de la *hispanidad* se revela en Alas de manera latente, y lo hace en ese síntoma defensivo que denuncia una y otra vez a las “plagas decadentistas que pervierten el gusto y la moral” (en Lissorgues, “Leopoldo Alas” 19). Desde Alas, lo que parecería afectar a España – imperio territorial en declive – es la erosión no tanto de su literatura, sino de la constitución “nacional” de su literatura, en contraste con una Francia – imperio cultural en auge – que podía universalizarlo todo en pos de la categoría “uniforme” de lo moderno. No es casual entonces que la renovación catalana provoque sus reparos o que – ante la guerra de Cuba – la *hispanidad* surja en él como antídoto deseable contra la atracción ejercida por la literatura francesa en América.

Si se focaliza en el caso catalán, resulta paradójico que la modernidad barcelonesa que tanto admira Leopoldo Alas haya sido destacable a sus ojos por el contraste que representaba con respecto al desfasado centro neurálgico de la *hispanidad*: Madrid. A su vez, es ese mismo contraste el que tal vez cimentó cierta parte del nacionalismo catalán de entre siglos, y sobre todo de su activo modernismo, punta de lanza del nacionalismo cultural que lograría para su comunidad una idea de homogeneización lingüística, educativa y literaria.<sup>2</sup> Cabe comprender que ese es el contexto en el cual Clarín reivindica el catalanismo cultural, incluso rechazando muy enfáticamente las hipótesis de “separatismo”. Un momento en que Madrid y Barcelona constituyen, en términos de José-Carlos Mainer, “dos imaginarios ... elaborados por la fuerza del contraste: europeísmo frente a casticismo, arquitectura modernista y soñadora frente a eclecticismo representativo ... industrialización frente a burocracia” (300). Y si bien la tensión era frecuente, también lo eran los intercambios. Aunque no toda la prensa madrileña identificaba el renacimiento literario catalán, durante la Regencia muchos diarios de la capital contaban con colaboraciones de críticos barceloneses como Josep Yxart o Ramón Perés, con su intento denodado por “evitar una estratificación canónica de ambos niveles literarios – nacional y regional” (Alonso 163).

Al respecto, cabe arriesgar también que el modernismo catalán podría considerarse como un fenómeno algo adelantado al madrileño. De hecho, su propuesta de modernización – tan ligada a la normativa y a la puesta en valor de su lengua – revela al modernismo como motor pionero del propio nacionalismo cultural catalán. Vicente Cacho Viu sostiene que la contienda lingüística se encuentra tan presente en el movimiento, que el despegue de la “castellanización” puede entenderse como clave para el renacimiento literario de Barcelona. En ese sentido subraya incluso que “la tarea de depurar y fijar el idioma, que *L’Avenç* se propuso como objetivo desde un principio, encontró su hombre en Pompeu Fabra” (63). Allí se radicó el núcleo temprano del modernismo catalán: en torno a *L’Avenç*, sobre todo desde el proyecto editorial y de la revista que surge en 1881, y donde desde 1884 empieza a utilizarse el término “modernista” para identificar la propuesta misma del grupo inicial. Su proyecto, sin dudas, perseguía una modernización cultural cuya dependencia respecto de Francia (y del naturalismo francés) era voluntaria.<sup>3</sup> Lejos de lo *esnob*, el extranjerismo de los modernistas catalanes era más bien un sincero acicate para la renovación cultural, y no tanto una pose de adhesión a la última moda. Sin embargo, y a pesar de esa fuerza expresa por cohesionar la cultura catalana en torno al vector de la renovación, “el movimiento modernista nunca se vio a sí mismo como un precipitado estético, sino como una corriente modernizadora” (Cacho Viu 61).

Y ese afán de modernización era en buena parte lo que Clarín iba a admirar del movimiento, sobre todo por tratarse de una apertura cosmopolita que él mismo consideraba necesaria más allá de la conservación ineludible de ciertas tradiciones. Conviene así recordar la postura de Alas en ciertas intervenciones críticas estrechamente ligadas con el tema. En julio de 1889, por ejemplo, publica su comentario sobre el volumen titulado *El año pasado (1888)*, el cual reunía diversos artículos críticos de Josep Yxart. Recogida en *Ensayos y revistas*, de 1892, la reseña de Clarín sobre los trabajos de su colega catalán sirve aún hoy para calibrar las paradojas en que se vio inmerso el nacionalismo liberal ante la pérdida de la hegemonía política y cultural de España hacia fines del siglo XIX. Son sinceros e inequívocos los elogios que emite Clarín con respecto a la modernidad de los intelectuales barceloneses en el contexto de declive que el campo crítico castellano venía transitando desde varias décadas atrás. Alas sostiene lo que afirmará una y otra vez: la crítica catalana de su tiempo resulta clave modélica para el salvataje de una tibia praxis madrileña. Y entre las muchas ventajas que esa crítica exhibía con respecto a la del resto de España, está ante todo la de su apertura europeísta, cosmopolita, renovadora. Tan radical le parece el contraste a Clarín que llega a proferir a

modo de halago aquello que en verdad implicaba una riesgosa alternativa latente para su propio sentido de identidad nacional. Barcelona no parece España, señala, sin reconocer el inconsciente sesgo “emancipador” de su opinión:

Barcelona, que no parece España, florece en letras y en cuanto las ayuda (material o moral), sería y trabajadora, legítimamente enamorada de sí misma, para animarse con este amor propio, tan fecundo cuando es de todo un pueblo, a nuevas empresas, a más esfuerzos, a más rica y variada vida. (Alas, *Obras* 1620)

Esa extranjería es, según Clarín, la que dota a la crítica de Yxart y de sus compatriotas de un estilo de “verdadera crítica muy *a la moderna*” (1622). Y la explicación del porqué de esa diferencia deviene argumentación sobre la raza. Dice al respecto:

Sí: en estos escritores catalanes, en los de esta clase, se nota *algo* que parece *extranjero*, y que se ve en muy pocos de las otras tierras españolas, aunque sean superiores a los catalanes por otros respectos ... Yo, que no soy etnógrafo ni por asomos ... no vacilo en confesar que me parece muy verosímil esta teoría de *los bereberes* que somos por acá, cuando considero los muchos resabios que nos quedan del clásico *orientalismo* que se cifra, para nosotros, en el placer de vivir echados a la bartola, cuidando tan sólo de no perder este sello nacional que tan bien nos sienta y tanto nos distingue. (Alas, *Obras* 1622)

En sus términos, Clarín lamenta la hipótesis de ser los castellanos “tan negramente africanos como pretenden algunos escritores” (1622), sobre todo cuando en el mismo contorno nacional gozan los catalanes de la influencia “saludable”, según sus propias palabras, de las “modernas *humanidades francesas*” (1622). Y afirma al respecto:

estos críticos catalanes de ahora se diferencian de sus congéneres de Castilla, por regla general, en parecer menos ... *berberiscos*; en recordarnos más la actividad formal e inteligente de la Europa occidental que las vaguedades poéticas del *dolce far niente* orientalesco ... (1622)

Es importante recordar que la semejanza que reunía a Clarín y a Yxart, en el ámbito de las percepciones artísticas, era en buena parte la reacción de ambos ante el desfase de la crítica madrileña. Adolfo Sotelo Vázquez recoge una serie de artículos de Yxart escritos en 1891 para *La Vanguardia*, titulados “El regionalismo literario de Castilla”, los cuales revelan con sagacidad e ironía cómo Madrid se había desplazado hacia la periferia de la crítica. Allí

señala: “la misma crítica castellana de Madrid tiene su tribunal más competente, tribunal revolucionario y sangriento, ¿dónde? En la provincia: en Oviedo, con Clarín, el que ha llamado Feijoo moderno, el señor Campoamor, por la cantidad de ideas que esparce y las *agitaciones estéticas* que promueve” (Sotelo Vázquez 148).

Estas reciprocidades que podrían leerse como intercambio gestual de cordialidad entre críticos muy legitimados del momento, emiten significados que van más allá del diseño de campo intelectual español a fines del XIX. Este descentramiento de Madrid, y la alineación de Alas – máximo exponente de la crítica finisecular española – con la novedad del modernismo crítico catalán, demuestran que el castellano-centrismo de Clarín no es unívoco. Además, denuncian de forma oblicua las contrariedades entre su afán de renovación artística por un lado, y el compromiso nacionalista con la idea tradicional y unívoca de *hispanidad*, por otro. Esta misma postura se refuerza con la sostenida correspondencia enviada por Alas a Narcís Oller<sup>4</sup> (primo de Yxart), en los años que van desde 1885 a 1891. Allí pueden leerse dos líneas de afirmación convivientes que ilustran de manera notable la contradicción que implicaba para Clarín el avance catalán: por un lado, la total ajenidad que manifestaba con relación a la lengua catalana (y, por lo tanto, a buena parte de su literatura más canónica); por otro, la necesidad evidente de convencer a Oller de su inclusión en el canon más privilegiado ya no de Cataluña, sino de España.

Vale la pena entonces evocar un recorrido rápido que recupere el oscilante circuito entre ambas actitudes clarinianas en sus varias misivas a Oller (algunas de las cuales anticiparon incluso la reseña sobre el libro de Yxart). El 27 de junio de 1885, Alas le escribe explicándole que Pereda le ha recomendado “la lectura de las obras catalanas de usted” (Alas, *Epistolario* 149), y aprovecha para insistir sobre su desconocimiento de la lengua: “tenía entre mis proyectos de trabajo el de emprender por primera vez en mi vida el estudio del catalán, para poder llegar a saborear su ya célebre *Papallona*” (149). Y luego: “aunque me costara trabajo entender el catalán, que yo no sé por qué me pareció siempre más difícil para mí que una lengua del todo extraña” (149). Y también: “[n]o sé qué tienen para mí el inglés y el catalán que hasta me ponen nervioso” (149). Sin embargo, – y he aquí la curiosidad – la expresa distancia con la lengua catalana no lo exime de su objetivo “diplomático” de postularse como nexo integrador: “de hoy en más seré yo un lector asiduo de las producciones literarias de Cataluña, que tan simpática me es y a la que debo gran parte de lo poco que signífico” (150); o como confirma al final de la carta: “[p]ara mí será una gran satisfacción contribuir a la comunicación constante y amistosa entre literatos castellanos y catalanes como hace tiempo vengo procurándolo respecto de

los portugueses” (150). Estas idas y vueltas entre su prevención de la diferencia y – al mismo tiempo – su esfuerzo por asimilarla dentro de lo “nacional” hispano, vuelve a aparecer en las siguientes cartas de Clarín a Oller: el 16 de diciembre de 1885, desde Oviedo, elogia *La Papallona* y confiesa: “del todo no me gustan más novelistas españoles que Galdós (este ante todo), Pereda ... y usted” (177), pero se apura a explicar que el placer se debe a no tener la novela “líneas exóticas” (177) – ¿foráneas? – que pudieran arruinarla. El 11 de enero de 1886 le agradece el envío de *Vilanú*, pero se disculpa por el retraso de sus lecturas, y refuerza de todos modos su gesto de inclusión canónica abarcadora: “trabaja usted por la gloria de la patria, como Galdós y Pereda” (179), se despide. El 30 de enero de 1887, Alas sigue disculpándose por su deuda “diplomática” aún incumplida, “la de hablar al público de Castilla de los libros de usted con la atención y el detenimiento que merecen” (206). Como resarcimiento, tal vez, Alas le solicita el 12 de diciembre de 1889, una colaboración para *La España Moderna*, y en su invitación revela plena conciencia de lo que hasta entonces se mantenía como asunto algo velado: “[p]odría usted escribirlo en catalán, después traducirlo y si usted no quiere decir que escribe el artículo en castellano yo no tendría inconveniente en decir que lo había traducido yo” (292). Y agrega: “[t]engo vivísimos deseos de que Oller sea en Castilla mucho más apreciado de lo que es” (292). Sin embargo, su intención de acercamiento se torna cada vez más ambigua en lo tocante a sus deseos de efectivizar la recepción crítica del novelista catalán y – al mismo tiempo – de alivianar la desconsideración para con la lengua de sus obras. “La mayor parte de los castellanos, el público grande, jamás podrá leer catalán. Y es absurdo que sea usted más conocido y estimado en Francia que en Castilla” (292), señala Clarín actualizando con la mención de Francia, la verdadera competencia intelectual en el reparto de legitimidades. En esta línea, el remate de la misiva no puede ser más elocuente: “[p]or su carta veo que maneja el español perfectamente, ¿por qué no escribe en español también, sin perjuicio de hacerlo en catalán?” (292). La última carta que Alas le envía a Oller parece justamente exhibir la negativa final de este último a seguir la “invitación” a producir literatura en español: es 13 de marzo de 1891 y Clarín sigue lamentándose – con cierto subtexto de resignación – : “siento que pertenezcamos a literaturas en realidad distintas, por lo cual yo estaría casi siempre hablando al público de usted” (315).

Como puede notarse, los casos de la recepción clariniana de la crítica de Yxart y de la narrativa de Oller emiten una nítida señal de la paradoja que buena parte de la intelectualidad liberal más canónica experimentaba con respecto a la modernización de la cultura catalana. Tal como señala Sotelo Vázquez, “es, pues, el cosmopolitismo barcelonés, cosmopolitismo de gusto

y de influencias, el que satisface a Alas, porque frente al estancamiento de la cultura castiza siempre propugnó el europeísmo” (118). Ese también era el punto de contacto con críticos como Yxart, con el cual compartiría – por distintos cauces – la necesidad de regenerar a España modernizando cierto aplacamiento cultural de la etapa restauradora.<sup>5</sup> Sin embargo, como pudo evidenciarse, en los límites mismos de la aceptación del modernismo catalán por parte de Alas, existen reparos que denuncian – de forma oblicua – la contradicción “nacionalista” de la hispanidad liberal: necesidad de avance, por un lado; peligro de disgregación cultural, por otro.

Yvan Lissorgues supo identificar esa paradoja al explicar el afán clariniano por cierto “equilibrio de la nación”. Cuando en la última década del siglo toman mayor fuerza las reivindicaciones catalanas, Alas describe tales expresiones como nacidas de un “fanatismo de campanario” (en Lissorgues, “Leopoldo Alas” 18), de un “espíritu de clan, de tribu” (18) incapaz de sostener el equilibrio mismo de la nación como patrimonio moral y espiritual. Al respecto, el condicionamiento de su postura desde la *hispanidad* queda claro cuando afirma: “¡Ojo, y ojo, y ojo! El espíritu de reivindicación política, intelectual, literaria, etc. de la región, de la provincia, es justo y provechoso cuando se encierra en los límites que no dañan a otros intereses superiores” (Lissorgues, “Leopoldo Alas” 18). El cosmopolitismo de Alas muestra su reverso en la latencia defensiva de su nacionalismo expreso, aquel que llegará a su más alta expresión cuando justamente desde 1896 se vea en franco conflicto con Prat de la Riba por la cuestión misma del idioma catalán.<sup>6</sup> Cuando Alas llegue a afirmar que el renacimiento literario de la lengua catalana no garantiza para nada su supervivencia en tiempo y espacio, no más que como dialecto siempre supeditado a las “leyes de la realidad política” (19), entonces la cuestión del separatismo será de mención obligada. Es ese momento en el cual Clarín se pronuncia contra el separatismo catalán como *crimen de lesa patriotismo* y encuentra su analogía inmediata con el otro territorio donde el modernismo también florecería en su rasgo de emancipación cultural: Cuba, o – más en extenso – podría afirmarse, América.

#### LA GUERRA POR OTROS MEDIOS: CLARÍN FRENTE AL MODERNISMO, O LA DESEABLE HISPANIDAD DE AMÉRICA

Si según Clarín Barcelona no *parecía* España, Cuba – en cambio – lo *era* sin rodeos. Afirma en 1897: “Cuba es España; esto es más correcto que: Cuba es *de* España” (Alas, “Palique” 259). Y con excepciones, esa postura – signada por cierta moderación con respecto al tema cubano – , sería persistente a lo largo de sus alusiones. Cuba es España – desde la percepción clariniana – siempre observada en un marco de integración, y nunca desde el

forzamiento de su subordinación. Y aunque su postura desconozca así la legítima voluntad del independentismo cubano, tampoco redundará al menos en la obstinación nacionalista que definió otras posiciones diversas de la intelectualidad española.

Al respecto, cabe recordar que incluso desde sus más tempranas referencias, el asunto colonial reveló mayormente en Alas un carácter paradójico persistente. Desde sus más tempranos años, Clarín sostuvo la necesidad de reconocer con Cuba lazos fraternales, y ya no filiales. En esta línea es notable el aporte de Noël Valis sobre la cuestión cubana en el joven escritor. Matizando la opinión de Lissorgues acerca de la ausencia de alusiones al tema en el Clarín anterior a 1875, Valis demuestra la tesis moderada del joven Alas. Evoca así las menciones que hace en su periódico humorístico *Juan Ruiz* contra el ministro de Ultramar, Adelardo López de Ayala, a quien culpa ya en 1868 de la potencial pérdida de la isla. El poema satírico "A Cuba" reclama: "Y en fin para acabar y formalmente / a Cuba libertad tienen que darle / Adelardo y su gente; / con justicia la pide ella impaciente / y si no se la dan, debe tomarla" (Alas, *Juan Ruiz* 474-75). Y, sin embargo, ya desde ese momento inicial, sus incursiones en el tema mantendrían un perfil paradójico con respecto a Cuba. De hecho, a pesar de su potencial apoyo a la libertad cubana, prontamente oscila e incluye en 1871 una elegía dentro de la *Corona literaria a la memoria de Gonzalo Castañón* (una composición que, de hecho, había aparecido un año antes en *La Luz de Avilés*). En ese texto, la figura de Castañón llega a alegorizar la patria. Director del periódico *La Voz de Cuba*, Castañón se había mostrado intransigente con la insurrección de Yara. Su muerte fue resultado de un enfrentamiento con el director del diario independentista *El Republicano*. Haciendo caso omiso del fervor con que Castañón había adherido a una política represiva y exterminadora, su figura pasa a ser símbolo de patriotismo "sacrificial". Tal como señala Valis, "la elegía de Alas supone implícitamente cierta ideología monolítica en que la "patria" como concepto se entiende como la misma patria para todos" (26). De la pionera adhesión a las demandas cubanas; hasta su aporte a la monumentalización de Castañón, la paradójica moderación clariniana se aprecia perfectamente. Dice la elegía: "[d]e Cuba el redentor Gonzalo sea; haced, sí, que su muerte la redima" (Valis 35). Que en esta composición el yo lírico clame venganza por Castañón, abona una vez más la hipótesis de una temprana oscilación entre la postura descentralizadora de Alas (su pedido recurrente de autonomía para la isla), y por otro lado – sus concesiones esporádicas al patriotismo más irreflexivo del momento.

Su posición se tornaría más estable recién durante los años de madurez. Prueba insoslayable de una más equilibrada moderación resulta del



posterior itinerario de paliques relativos al tema. A lo largo del tiempo, pueden verse en ellos la reacción de Alas contra la centralización del poder, su reclamo de un mejor reparto de poderes, su exigencia de mayor equidad autonómica – sin renunciar a la cúpula contenedora de la soberanía nacional española. En su artículo titulado “Más sobre el provincialismo y *El Imparcial*” publicado el 2 de octubre de 1878 en *La Unión*, reclama una necesaria descentralización y afirma: “[h]abría diferencias de grado en este punto, pero nadie entre los que se juntan para emprender la obra sería de la reorganización democrática, nadie desconocerá que uno de los elementos ... consiste en la descentralización” (Alas, “Más sobre el provincialismo”). Ahí Clarín insiste en que el sacrificio de las provincias necesita que la democracia pase de ser un mero enunciado y que Madrid deje de concentrar decisiones gubernamentales. Esto parece aludir también a las regiones de ultramar, cuyo caso vuelve a suscitar el interés de Alas en dos textos del año siguiente. En “La esclavitud ... cuestión libre” (dentro de *La Unión* del 31 de octubre de 1879), Clarín critica las decisiones de Cánovas en torno a un tema “en que se ve envuelto el porvenir de gran parte del territorio” (Alas, “La esclavitud”). El 12 de noviembre aparece en el mismo periódico otro palique donde Alas opina que la libertad de los esclavos es un derecho que debe sostenerse en base de atacar el privilegio de sus antiguos dueños. Y señala: “[e]l interés injusto se respeta y el derecho se reconoce en principio, pero no se cumple” (Alas, “Palique”). Esta visión pionera sobre un tema espinoso que pesaría más aún años después, adelanta las críticas posteriores de Clarín al usufructo económico del conflicto colonial. De hecho, publica en *La Publicidad* del 30 de septiembre de 1895 una *Revista mínima* donde ataca el crédito de Martínez Campos al marqués de Comillas por el transporte de tropas a Cuba: “[y]o no digo que no cobre, que no gane ... pero si al patriota, que por embarcar a otros y quedarse en tierra gana tantas pesetas, se le pone en los cuernos de la luna ... , ¿qué *Ilíada* basta para el soldado que se deja embarcar ... ?” (Alas, “Revista Mínima”). En la misma línea, durante todo el enfrentamiento, lanza diatribas directas contra las clases directoras. En un palique aparecido en el *Madrid Cómico* del 11 de julio de 1896 enfatiza:

Pues ahí está la cuestión. Las clases directoras no vamos a la guerra; los que tenemos carteras, direcciones, patria potestad nacional, más o menos vitalicias; los que guiamos la opinión desde la prensa, desde la tribuna, desde el café, desde el teatro,

desde ... la cama, no vamos a la guerra. Decretamos la victoria desde casa, y muchos, sin saber hacia dónde cae Cuba. (Alas, "Palique" 239)

En *La Publicidad* del 28 de julio de 1898 insiste:

Esa ignorancia del pueblo que no le permite ver el peligro, el ultraje, si no los toca, si no le entran por los sentidos, es una tristeza y es un gran peligro. Y las clases *directoras*, que dejan al pueblo en esa ignorancia, no tienen disculpa de ningún género para su evidente falta de patriotismo verdadero. (Alas, "Revista Mínima")

La distancia con la guerra se denuncia una y otra vez en términos de hipocresía. En un palique impreso en el *Madrid Cómico* del 15 de agosto de 1896, Alas recupera de un canto popular la queja por la inoperancia y la rotación de los altos mandos enviados al conflicto: "Vi marchar cien coroneles / y volver cien generales / todos vienen con la faja / y con la victoria nadie" (Alas, "Palique" 281). En el mismo periódico, el 21 de noviembre de 1896, otro artículo reprime loas exageradas que entiende como "la mayor calumnia; pues el soldado español, por lo general, es sufrido, modesto" (Alas, "Palique" 39). El 23 de abril de 1898, nuevamente desde el *Madrid Cómico*, censura a los responsables del vandalismo que se dedica en España a romper faroles y quemar escudos americanos. Propone en cambio: "embarcarlos cuanto antes para Cuba y obligarlos a exponer la vida de veras y a romper algo de provecho, y no vidrios inocentes" (Alas, "Palique").

Cuba es entonces España, pero la guerra viene a demostrar en parte – para Clarín – el alejamiento inorgánico entre la realidad de la isla y la impostura política de la península. Es por esto que declara una y otra vez la necesidad de otorgar autonomía y de considerar la relación entre metrópoli y colonia ya no como vínculo filial, sino fraterno. El 7 de agosto de 1897 lo expresa desde *Madrid Cómico*: "[l]a guerra de Cuba es una guerra civil. Guerra de españoles contra españoles. Como los carlistas. Como las antiguas de Cataluña. Todos somos unos, todos españoles, los insurrectos también" (Alas, "Palique" 259). Y tras pedir por ello que se evite el derramamiento de sangre, evoca la idea de una unidad simbólica indivisible: "Cuba será española, aunque se le deje la autonomía y, lo que le importa más, la autarquía más completas" (259). Ese parentesco indisoluble reaparece días después por el mismo medio, cuando el 9 de octubre de 1897 opina Clarín que los lazos naturales no se rompen cuando se quiere, y agrega que "Cuba será española ... y "autónoma" (Alas, "Palique" 331). El 29 de enero de 1898, también en el *Madrid Cómico* señala: "[e]l que la autonomía haya venido tarde, servirá para lamentar que no haya venido antes, pero no para lamentar que no haya venido" (Alas, "Palique"). Por último, en *El Globo* del

12 de octubre de 1898, Alas mantiene todavía la idea simbólica de una Cuba que no va a perderse, siempre y cuando se la preserve de la asimilación anglosajona: “[s]i Cuba llega a ser independiente de veras, Cuba no se ha perdido del todo para España. Ahora más que nunca hace falta procurar una Cuba española” (Alas, “Los futuros”). Lo verdaderamente curioso es que esta tendencia moderada de Clarín, muchas veces ligada con claras concesiones al respecto de las necesidades cubanas, tiene su contrapartida en paradójicas reacciones que – de manera esporádica – lo acercan a un nacionalismo casticista más radical. Al respecto, refiere Lissorgues:

Los insurrectos son, para Clarín, españoles extraviados que “cometen un crimen de leso patriotismo no queriendo ser españoles”. Y al respecto, distingue dos categorías: por una parte, “los que pueden ser cuerpos extraños que, luchando por la independencia de Cuba, pretenden sencillamente robarnos un pedazo de territorio”, y por otra “los que son *tan españoles como nosotros*, aunque extraviados por la locura del separatismo”. ¿Pero que son esos “cuerpos extraños”? ¿Quiere decir Clarín que hay injerencia extranjera? ¿Se alude con esa expresión a los exiliados cubanos (entre los cuales figura José Martí hasta 1895)? (Lissorgues, “España” 68)

Así, la guerra de Cuba es tal vez la “enfermedad” que mejor revela en Clarín el síntoma esporádico de un patriotismo radical y su defensa de la hispanidad como unidad tradicional y trascendente. La hipótesis de disgregación territorial lo obliga a concebir la estrategia de una solución simbólica: la única emancipación imperdonable será la cultural. En el contexto finisecular, esta actitud defensiva de Alas puede verse orientada también hacia las literaturas que se atrevieron a preferir el modelo francés. Aunque cabe aclarar que su denodada reacción contra la valoración de cierto florecimiento de la literatura americana puede rastrearse incluso desde antes de 1898 y asociarse aún con su evidente resistencia antimodernista. Si hay algo entonces que familiariza dentro de la recepción crítica clariniana a los casos modernistas de Cataluña y de América es la imposible misión de separar emancipación cultural y disgregación territorial (existente o posible). La literatura americana y la catalana parecen compartir ante los ojos de Alas una riesgosa fascinación por modelos que ya no coinciden con el canon castellano. La analogía entre esta distancia “cultural” y la fractura histórica de la hispanidad parece evidente para el crítico de Oviedo. Su crítica entonces, otra vez, se torna una guerra por otros medios.

La distancia americana, y su diferenciación del tronco hispánico, producían en Clarín la resistencia propia de un liberalismo nacionalista que apostaba a la unidad simbólica. Al respecto, ya explicaba Sergio Beser: “[l]as

distintas literaturas nacionales eran para Clarín fragmentos de una sola unidad; ni el tiempo, ni el espacio, ni las lenguas, separan o limitan la belleza creada por los hombres” (119). Sin embargo, ese gesto unificador que Beser lee como concepción universalista obligada por un profundo humanismo, puede también entenderse como estrategia de sublimación abstracta de una unidad política y cultural en crisis inocultable. El rasgo más significativo para optar por esta segunda alternativa es relacionarla con el evidente anti-modernismo americano que signó en Alas, sobre todo, su recepción de Rubén Darío.

Según Lily Litvak, la crítica antimodernista iniciada a fines del siglo XIX funda su ataque en un campo semántico que recurre profusamente al vocabulario de la enfermedad, de la degeneración y de la decadencia. Clarín mismo se instituye en ese contexto de declive imperial como defensor acérrimo del castellano ante “la defectuosa sintaxis” del modernismo emergente, afectado por la “peste” galicista. Y más aún, a pesar de sus elogios al *cosmopolitismo* modernizador, le objeta al movimiento modernista – donde quiera que florezca – el cultivo de un *cosmopolitismo* erosivo de los lazos con la patria. El decadente entusiasmo por lo extranjero vendría a destruir “las sanas virtudes nacionales” (Litvak 122). Es en las coordenadas de esta sospecha de ser la propia literatura americana la que fomenta la *traslatio imperii* cultural desde España a Francia, donde se acusa a Darío de liderar una avanzada tendiente a fragmentar la unidad ya difusa de *hispanidad*. El gran disentimiento clariniano sobre el modernismo es el “peligro galicista y consiguiente *disolución de lo nuestro*” (Martínez Cachero 297). Rubén Darío, en este sentido, nuclea en su persona todas las diatribas que el temor nacionalista de Alas podía verter contra la generalidad del movimiento.<sup>7</sup> Entre los muchos asedios que Clarín le dirigió – y que fueron reunidos en detalle por Fernando Ibarra – hay algunos que resultan sumamente elocuentes. Entre ellos cabe destacar lo que escribe en *La Publicidad* hacia fines de 1893:

El Sr. Darío es muy decidor, no cabe negarlo; pero es mucho más cursi que decidor; y para corromper el gusto y el idioma y el verso castellano, ni pintado. No tiene en la cabeza más que una indigestión cerebral de lecturas francesas y el prurito de imitar en español ciertos desvaríos de los poetas franceses de tercer orden que quieren hacerse inmortales persignándose con los pies, y gracias a otras dislocaciones. (Ibarra 528)

A pesar de todo, cabe matizar este asunto enfatizando una vez más la postura paradójica de Clarín y señalando al mismo tiempo su expresa aceptación de *otros* reconocidos modernistas americanos. Tal es el caso del

cubano Julián del Casal, de quien Alas tenía conocimiento,<sup>8</sup> y que sin llegar a París, nutriría su poética renovadora solo a través de España. También conviene evocar aquí la sugestiva correspondencia con el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Alas prestó especial atención al joven escritor, por quien rápidamente sintió cierta simpatía. De hecho, Gómez Carrillo llegó a enviarle recortes de *El País* donde Francisco Gavidia le atacaba, textos que ocasionaron su recurrente demanda de ser “un pueblo solo en dos continentes”, sin perjuicio de conceder “la extradición de los ripios” (Rubio Jiménez y Deaño Gamallo 131), en franca alusión a los seguidores darianos. Sabedor de la estancia de Gómez Carrillo en París, Alas reseñó tempranamente *Esquisses (Siluetas de escritores y artistas)* precaviéndolo desde entonces contra la expansión de los modelos franceses. “El señor Carrillo es un *modernista* de los que no han dado en la flor de decir cosas nuevas de modo que no las entendamos los *viejos*” (en Rubio Jiménez y Deaño Gamallo 133), señala Clarín, y constituye una analogía con su preferencia por otro americano emblemático: José Enrique Rodó. El famoso prólogo que Alas dedica a *Ariel* es, en buena medida, un reconocimiento de la alternativa americana que, lejos de la fascinación imitativa por lo francés, apuesta a “la unidad de la gran familia ibérica” (Rodó VII).

Pero a efectos de ilustrar la vertiente clariniana más preocupada por lo cohesivo nacional, vale destacar el carácter de los límites defensivos que el propio Alas intentó diseñar en torno a Salvador Rueda,<sup>9</sup> joven poeta al cual reconocía a la vez como promesa y como “muy expuesto a ser contaminado por algunas de las epidemias de mal gusto que hoy cunden” (Ibarra 529). Rueda, entusiasta introductor de Darío en España, resulta claro botín de guerra entre Alas y “ciertos poetas americanos, como Rubén Darío, que” – a su juicio – “no son más que sinsontes vestidos con plumaje pseudo-parisién” (Ibarra 529). La repetida analogía entre Darío y el culteranismo, nuevamente sitúa al modernismo como atentado contra el “castellano viejo”, elemento aglutinante de la *hispanidad* deseable. Se comprende que por esta senda el anti-modernismo dariano se torne en Clarín resistencia al valor literario de la novedad americana. Sus dichos al respecto reenvían, sin dudas, al problema del nacionalismo español y su afán por obturar emancipaciones culturales posibles. Llega a afirmar con decidida subestimación: “no me precio de conocer a todos los poetas insignes de América; como tampoco sé cómo se llaman una porción de autores célebres contemporáneos que me consta que hay en China” (Ibarra 535). América, como la China, se dispone para Clarín en el exótico margen que la crítica no entiende como imprescindible para la cosmovisión española. Sin embargo, ese mismo margen se impugna una y otra vez como errado por no querer incluirse en el imperio cultural de lo *hispano*. Resulta curioso que sea el propio Alas

quien polemiza en este sentido con la novedad de los americanos, cuando sería muchas veces, sin embargo, el mejor lector de sus valores específicos. Tal vez podría asociarse su contradicción con cierto sesgo "paternalista" que exhibió a veces de manera más censora con relación a América que con respecto al interior mismo de España.

Algo similar ocurriría con la contradictoria "exclusión" de una Cataluña "excéntrica" y al mismo tiempo venerada justamente por su afán de diferenciación europeísta. Tal vez fueron distintos en muchas cosas el modernismo americano y el catalán (tanto en sus rasgos particulares a nivel estético como también en sus urgencias políticas). Pero lo que resulta indudable es esa coincidencia que vinculaba a ambos en una distancia simbólica con el centro castellano. Ese hiato con la antigua metrópoli favoreció contactos insospechados entre ambos modernismos. Contactos elocuentes no solo de la familiaridad recíproca que estrechó sus lazos, sino también de sus características comunes más riesgosas desde la mirada que de ellos sostuvo el propio Clarín.

#### LOS LÍMITES DE LA CRÍTICA CLARINIANA: CONTACTOS ENTRE LOS MODERNISMOS CATALÁN Y AMERICANO

A fines de siglo XIX, la contradicción entre tradición nacional y novedad foránea aflora en Alas de manera insoslayable, y puede verse en su asedio paralelo y diferenciado al movimiento modernista americano y a la avanzada modernista catalana. El abordaje disímil pero casi simultáneo de ambos movimientos revela que Clarín no llegó a percibirlos en su familiaridad. Y los puentes fueron varios, si bien no existe una equivalencia entre ambos fenómenos. Por un lado, debe mencionarse una periodización que situaría el inicio del *Modernisme* con la aparición de la revista *L'Avenç* en 1881, es decir, años antes que la publicación de *Azul* (1888), lo cual muchas veces ha sido señalado como el momento inaugural del modernismo en el ámbito español e hispanoamericano. Pero más allá de esto, conviene recordar aquella distinción que hizo Montserrat Escartín Gual, entre los modernismos hispano y catalán:

Si en España hablamos primero de una estética, que se suma después a una toma de conciencia ideológica – el 98 – ; en Cataluña, el modernismo lo integra todo y en un orden inverso: una tendencia más ideológica, en la línea del regeneracionismo español, representada por el poeta y crítico Joan Maragall (1860-1911); y otra, más esteticista, de la mano del pintor y dramaturgo Santiago Rusiñol (1861-1931). (45)

Como puede notarse, de esta cita se extraen dos ideas: en principio, que los catalanes se acercaban mucho más a la noción de un modernismo dariano

que de uno español; y luego, que Clarín adhirió solo al componente más “regeneracionista” del *Modernisme*. Su elemento más radical, más “catalanista”, llegaría para el movimiento en una segunda instancia tras la muerte propia de Alas y antes de la llegada del *Noucentisme*. Lo que es indudable, es que los fugaces acercamientos entre catalanes y americanos modernistas permiten conjeturar una alianza poco registrada, sobre todo a los ojos de ciertos exponentes críticos del liberalismo español como lo fue Clarín. Por todo esto, y sin caer entonces en el equívoco de considerar como idénticos dos constructos teóricos tan disímiles como lo fueron el modernismo catalán y el liderado por Rubén Darío, viene al caso focalizar en ciertos contactos que tuvieron entre sí, para entender allí el porqué de esa distinción clariniana en la recepción de sus respectivas innovaciones ligadas a la hegemonía del ejemplo parisino.

Entre los muchos argumentos que pueden esgrimirse para iluminar esa situación, es justamente – una vez más – el caso de Salvador Rueda donde mejor se revela la contrariedad clariniana. Como ya se ha señalado, Alas intenta por todos los medios persuadir a Rueda del carácter nocivo que implica la obra dariana. Lo hace, en buena parte, enfatizando la *desviación* afrancesada que implica el modernismo del poeta nicaragüense. Y he ahí la problemática encrucijada de Clarín: por un lado eleva a altura de ejemplo a la crítica catalana tan interesada por la cultura francesa; por otro, desprecia la *peste* americana de un modernismo francófilo y – por lo tanto – acechante de la *hispanidad*. La disyuntiva, en realidad, oculta algo que la propia crítica de Alas – y la de algunos de sus coetáneos – logró obturar para la comprensión cabal del declive hispano. Es decir, la alianza explícita que emergió entre esa crítica barcelonesa modernizadora tan elogiada por Alas y esa poesía “intoxicada” por el “francesismo rubeniano” (Ibarra 539). Un lugar insoslayable para advertir ese contacto es el libro de Salvador Rueda titulado *El ritmo* (de 1894). Este volumen nace, ni más ni menos, que de un pedido que le hace al poeta el propio Josep Yxart, diciéndole justamente en carta del 16 de junio de 1893 que está interesado en conocer el pensamiento de Darío sobre métrica y rima (Rueda). *El ritmo* es entonces una colección de cartas donde Rueda expone, a pedido de Yxart, no solo aquello que considera que al respecto del tema diría su amigo Rubén Darío sino también sus propias – y cercanas – consideraciones sobre la poesía moderna. Yxart le ha mencionado que “todo lo que se escriba, pues, *en España*, sobre esta cuestión, es digno de ser leído. Aquí, algunos poetas y críticos catalanes han intentado decir algo, les preocupa la cuestión de la métrica” (Rueda). Rueda desalienta rápidamente la expectativa y afirma:

[E]s tan elevado el tema del *ritmo* en nuestro tiempo, se le reconoce, según veo en su carta, tanta importancia por italianos, franceses, alemanes e ingleses ... que creo que los poetas que en España *practicaban* el ritmo y no el *sonsonete* (apenas hay de los primeros y casi todos son de los segundos), debían decir a usted en cartas o en artículos lo que piensan sobre el tema, con absoluta imparcialidad. (Rueda 1)

Como puede notarse, el poeta Rueda – portavoz de la avanzada dariana – concuerda en reflexionar con el reputado intelectual catalán sobre un tema que la crítica de poesía española de ese momento suele ignorar y que acostumbra a asociar con la mera formalidad puesta en auge según la práctica modernista. El modelo francés resuena una vez más en la legitimidad del por qué preguntarse sobre la cuestión y – si bien se considera la obra de Alas – , España nuevamente queda del lado de cierto desfase cultural. Según Rueda:

En España, aparte de Clarín y de alguna otra personalidad (por supuesto, poniendo la de usted en lugar preferente), esas cosas *no se gustan así* ... acaso por falta de matices en el paladar literario. Con lo dicho basta para que usted se haga cargo de lo que piensa Darío del ritmo. (2)

La concesión a Clarín no puede ocultar, sin embargo, un trasfondo que lo toca en cuanto a las contradicciones de su nacionalismo. Es decir, el contacto entre lo americano y lo catalán en cuanto a la modélica modernidad francesa de la poesía excluye y anula la distancia forzada por el propio crítico Alas entre el *esnobismo* dariano y la renovación de la crítica barcelonesa. Yxart promete hacer un libro sobre el ritmo, y Rueda – desde la influencia modernista americana, consciente del rigor “nacionalista” del casticismo al uso – le responde: “[c]reo que detrás del libro de usted se esconde la hermosa faz de una nueva lírica. Eso sí: le *apedrearían* a usted todos los *picapedreros* de la poética nacional; pero, en cambio, penetraría usted en los espíritus nobles e imparciales, que son los que dan bandera al triunfo” (Rueda 3).

Una vez más, la modernidad crítico-poética “imparcial” – ¿cosmopolita? – se sitúa como contracara del *nacionalismo* cultural español: al respecto cabría preguntarse si – incluso a pesar de la mención que de él se hace como un interesado en el tema – no participaba Clarín de aquella “falange lírica” (Rueda 3) capaz de ver la alianza “afrancesada” de los márgenes como una amenaza para la *hispanidad*. Es decir, cabría preguntarse si en el desconocimiento de ese contacto renovador que existió entre el modernismo americano y la crítica catalana no se cifraba la pertenencia de Alas al bando de los *picapedreros*. Sobre todo al recordar que



- en un artículo de 1891 - él mismo, censurando el *Nuevo teatro crítico* y saludando - no sin ironía - la tenacidad de Emilia Pardo Bazán, se autodefinía exactamente como tal: “[p]or lo demás, da alegría ver a un crítico de veras, a una inteligencia tan clara, servida por una sólida instrucción, trabajando como nosotros, los infelices picapedreros del periodismo literario, en la sextaferia que abre los caminos vecinales por donde va andando poco a poco la atrasadísima cultura española” (Penas 148).

Para Clarín, el conjunto de los *picapedreros* - de los “jornaleros” de la pluma - queda circunscrito al bando que forja, en la penuria de su esforzada cotidianeidad, una crítica nacional genuina, una custodia permanente contra los antídotos foráneos del atraso cultural de la *hispanidad*. Y si hay un lugar en que puede sospecharse un límite de Clarín es casualmente ese: su *nacionalismo* había legitimado como “moderna” y “sanamente europea” una crítica como la catalana que - justamente a contrapelo de quien tanto la elogiara - sí pudo aceptar el modernismo americano sin rechazar sus mejores innovaciones en pos de resistir la posible influencia francesa. Cabe cuestionarse, entonces, si el rol de *aduanero de las letras* - tal como lo nombró Unamuno - no obligaba a Clarín a tornarse - incluso desde el margen ovetense - en defensor de un casticismo paradójico, sobre todo procediendo de un admirador expreso del canon francés y de un imbatible defensor de la urgencia modernizadora que España tanto requería.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN: REACCIÓN DE ALAS ANTE LA CLAVE DARIANA DEL FUTURO LITERARIO

En el límite mismo entre los siglos XIX y XX se configura una deconstrucción de la geografía simbólica que había garantizado hasta entonces la expectativa de una hispanidad cultural abarcadora, castiza y hegemónica, regida desde la metrópoli. Los modernismos finiseculares, en este sentido, fueron clave fundamental para la redefinición de ese mapa intangible de legitimaciones intelectuales hasta entonces indiscutible. La paradoja clariniana radica, al parecer, en rechazar como *esnob* la conciencia de Darío de una “modernidad” ya irradiada a varios centros intelectuales del globo, y al mismo tiempo haber reconocido diez años antes esa misma “independencia” cultural en los catalanes. Esa heterogeneidad catalana para con el resto de España, su afán europeísta y renovador - elogiado ya por Alas en 1889 - , halla su reverso más contradictorio en la radicalidad nacionalista de Clarín hacia fin de siglo, tras la pérdida de las últimas colonias y el reconocimiento de una crisis persistente en la cultura española de su tiempo. La noción de *hispanidad* como posible sublimación simbólica de la distancia cultural entre la metrópoli y sus antiguos territorios, coloca

al modernismo americano en el terreno mismo de la disidencia política: Alas ve en Darío y en su movimiento el gesto de disolución “patriótica” que vacía el espacio central de la herencia española para ubicar allí al modelo francés. Lo curioso es, sin duda, que ante la concreción histórica de la independencia territorial, Alas parece estigmatizar el desapego dariano como un crimen contra cierta idea lingüística y literaria de una *hispanidad* trascendente. Y, sin embargo, tal vez porque esa “separación” fáctica no se corresponde con el caso catalán, la fascinación latente por el moderno canon francés resulta en el caso de Barcelona un ejemplo a seguir. Barcelona *no parece* España, dice Clarín, pero se cuida de aseverar una y otra vez que Barcelona *es* España y – como se ha citado ya de su palique del *Heraldo de Madrid* del 4 de noviembre de 1895 – que el separatismo es siempre un “crimen de lesa patriotismo” (Alas, “Palique”). Alas considera que las distancias adquiridas con aquellos que no se reconocen como españoles, se debe a la España reaccionaria que dinamita cualquier poder de identificación con cierto espíritu común. En esta línea aparece la emergencia de esa misma reacción en su propio discurso crítico sobre la *hispanidad*. Ante la novedad afrancesada de Barcelona, España revela en su opinión una “aborrecible” tendencia africana. Ante la modernización lírica de los americanos, Alas advierte el peligro de su apertura francófila. Ante la novedad de la prosa catalana de Oller, Alas lo invita a traducirse al castellano para “pertenecer” mejor al público español. Ante la admiración que Rueda exhibe por Darío, Clarín le advierte sobre los peligros de una exposición enfermiza a la peste parisina. ¿Qué fue entonces aquello que – a pesar de las distinciones – vinculó en un mismo plano los reparos de Alas ante los modernismos catalán y americano? No puede afirmarse, claro está, que el catalizador común haya sido algo intrínseco a esos movimientos, sino más bien algo de la mirada propia del casticismo crítico clariniano en su juzgamiento sobre los alcances de la novedad.

La distinción valorativa que Alas produce entonces en el cotejo de la influencia francesa entre los modernismos catalán y americano, encuentra claramente su correlato en las situaciones históricas diferenciadas en que se hallan insertos ambos movimientos. Pareciera que desde la óptica clariniana, lo francés resulta amenaza radical para el caso americano: sin lazos territoriales existentes, la idea de *hispanidad* es el único aglutinante que queda para ese Imperio metafísico regido por la cultura de la antigua metrópoli. Lo que resulta francamente disolutivo en el modernismo dariano – excluido en el ámbito de lo real de los contornos concretos de lo nacional español – es su preferencia por un legado competidor de la tradición castiza. Por su parte, Barcelona sí pertenece al perímetro de la nación: en su caso – tal como Alas parece disponerlo – lo francés no iría a funcionar como

catalizador de la disgregación cultural de la patria, sino como sumatoria de capital simbólico<sup>10</sup> renovado y modernizador. Estar dentro o fuera de la nación termina por definir la positividad o negatividad de los modelos culturales por los que se opta. Aquello que resulta un antídoto contra el primitivo *bereberismo* del “adentro” catalán/español termina siendo inoculación de *esnobismo* en el intangible tejido cultural que vincula al modernismo americano con la *hispanidad* metafísica. Es inevitable, así, afirmar que los dilemas emergentes del tema específico de este artículo reenvían a asuntos más generales como el de la dialéctica entre *nacionalismo* y *paradoja liberal* a fines del siglo XIX. Clarín es, quizá, autor de una de las obras en donde mejor se revela cómo la constitución de una responsabilidad crítica dependió para su campo intelectual de constantes modulaciones de la tensión entre lo *hispano* y sus elementos heterogéneos. Y es justamente la decisión sobre esas modulaciones la que devela el carácter proliferante y multideterminado del nacionalismo de Alas. Un nacionalismo siempre expuesto a la encrucijada ya no solo entre lo *local* y lo *universal*, sino también – y sobre todo – entre *tradición* y *modernidad*.

*Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”,  
Universidad de Buenos Aires/CONICET*

#### NOTAS

- 1 En este sentido son destacables las observaciones de Alda Blanco sobre el contraste entre el valor de la herencia áurea y la omisión en la historia de España de la persistencia de su carácter como nación imperial – declinante – aún durante el siglo XIX.
- 2 Lo ha indicado recientemente Xosé M. Núñez Seixas en su análisis sobre los conceptos de “nación” y “nacionalismos” durante el lapso de los siglos XIX y XX: “[d]urante el primer tercio del siglo XX los movimientos nacionalistas subestatales experimentaron un progresivo aumento de su influencia social, cultural y política. Así ocurrió en el caso catalán a partir de 1901” (276). Si bien luego alude al éxito – y posterior división – de Solidaritat Catalana en las elecciones parlamentarias de 1907, resulta interesante señalar que las bases comunes de aquella coalición debían mucho a los antecedentes del modernismo cultural catalán de fines del siglo XIX.
- 3 En relación con esta cuestión, menciona Cacho Viu: “[l]a eclosión del modernismo catalán se relaciona, por tanto, de manera natural y obligada, con lo que estaba aconteciendo en Francia; mejor dicho, dado el centralismo consustancial a nuestros vecinos, con lo que se pensaba y hacía en París” (55).

- 4 Es importante tener en cuenta, para la apreciación cabal del tema en cuestión, que la obra de Narcís Oller comprende un período de consolidación entre los años 1878 y 1892. Su afirmación como novelista – ligado al realismo naturalista – coincide con la última década del siglo XIX. En ese marco, tal como explica Joan Martori, su narrativa evoluciona con la referencia del modelo francés. Por eso parece importante recordar que -luego de la publicación de varios volúmenes de cuentos-, su novela *La papallona* (1882) fue traducida primero al francés por Albert Savine – quien consiguió una carta prólogo de Émile Zola para encabezar su edición titulada *Le Papillon* (1885) –, y recién luego vertida al español por Felipe B. Navarro en 1886. En ese lapso suele haber cierta distancia entre las versiones catalanas de los textos de Oller y sus respectivas traducciones castellanas: desde algunos de sus cuentos primigenios de la década iniciada en 1870 que volcó Buxaderas al castellano en 1896; hasta *L'Escanya-pobres. Estudi d'una passió* (1884), que fue traducida al castellano por Rafael Altamira recién en 1897.
- 5 Los distintos cauces entre ambos intelectuales quedan claros en el trabajo contrastivo que supo desarrollar Rosa Cabré: “Leopoldo Alas se comprometerá políticamente en la lucha por la redención del pueblo y en especial de la clase media que se vio postergada con la restauración monárquica, y a partir de 1885 su pluma servirá la causa de Emilio Castelar, a quien reconoció como su jefe en política. Yxart no se comprometió activamente con la política sino con la cultura y en todo caso proyectó buena parte de su actividad intelectual en el movimiento catalán de la Renaixensa. Entendía la posibilidad de regeneración de España desde la modernidad que vislumbraba en los movimientos culturales regionalistas, correspondientes a las nacionalidades históricas. Esta intención regeneracionista será uno de los pilares de su entendimiento con Leopoldo Alas” (127).
- 6 Sobre el espinoso asunto de la reacción clariniana ante el carácter oficial exclusivo de la lengua catalana que proyectaban las Bases de la Manresa, conviene remitirse al mencionado estudio de Lissorgues, donde se cita con claridad la opinión de Alas: “[e]l catalán está entre los dialectos que no han prevalecido. ¿Podrá negar eso el señor Prat? En ese sentido, es dialecto el catalán. Pero, ¿se le puede confundir con los dialectos no literarios que mueren por falta de cultivo? No ... en este sentido el catalán es lengua porque se cultiva con esmero y amor y eficacia ... pero las leyes de la realidad política conspiran contra su longevidad, contra su extensión geográfica” (“Leopoldo Alas” 19).
- 7 Al respecto, es destacable el artículo sobre el acecho “antidariano” realizado por Alberto Acereda. Allí queda claro que en el caso español, el rechazo a Darío y al Modernismo adquiere muchas veces un matiz defensivo provocado por el temor que genera la potencial disgregación de lo español.

- 8 De hecho, el propio Gómez Carrillo es quien lo entera del deceso del cubano, acaecido el 21 de octubre de 1893. Ese año le informa a Clarín en una carta: “[e]n Cuba acaba de morir Julián del Casal. Supongo que usted conocía algo suyo. Es una víctima de Huisman [sic]” (Rubio Jiménez y Deaño 139).
- 9 Poeta nacido en Málaga en 1857 y muerto en su tierra natal en 1933. Su importancia en la constitución del modernismo lírico español queda claro en el párrafo que le dedica Federico Sainz de Robles en su *Ensayo de un diccionario de la literatura*, donde dice: “[i]njustamente se le ha desposeído a Rueda – en favor de Rubén Darío – de su gloria de *creador* del “modernismo” poético en España. Lo es, y magnífico y admirable, Rueda, y también maestro de la escuela colorista en España. Su influencia fue grande en el propio Rubén, en Juan Ramón Jiménez, en Villaespesa, en Martínez Sierra” (1459)
- 10 El concepto de *capital simbólico*, tal como lo define Pierre Bourdieu, resulta funcional a la hora de describir los modos en que se constituyó la autoridad crítica del último cuarto del siglo XIX y el modo ríspido en que debieron someterse a sus cánones los jóvenes escritores emergentes de aquel entorno finisecular. De hecho, según Bourdieu, tanto el campo artístico como el científico deben “su especificidad, entre otras cosas, al hecho de que los concurrentes no pueden contentarse con distinguirse de sus antecesores ya reconocidos, sino que están forzados, so pena de ser superados y “desclasados”, a integrar sus logros en la construcción distinta y distintiva que los supera” (81).

#### OBRAS CITADAS

- ALAS, LEOPOLDO. *Epistolario*. Ed. Jean-François Botrel. Oviedo: Ed. Nobel, 2009.
- . “La esclavitud... cuestión libre.” *La Unión* 31 oct. 1879. Web. 13 abril 2019.
- . “Los futuros.” *El Globo* 12 oct. 1898. Web. 13 abril 2019.
- . *Juan Ruiz. Periódico humorístico*. Ed. Sofía Martín-Gamero. Madrid: Espasa Calpe, 1985.
- . “Más sobre el provincialismo y *El Imparcial*.” *La Unión* 2 oct. 1878. Web. 13 abril 2019.
- . *Obras completas. IV Crítica (Segunda Parte)*. Ed. Laureano Bonet. Oviedo: Ed. Nobel, 2003.
- . “Palique.” *Heraldo de Madrid* 4 nov. 1895. Web. 13 abril 2019.
- . “Palique.” *Madrid Cómic* 21 nov. 1896: 718. Web. 13 abril 2019.
- . “Palique.” *Madrid Cómic* 15 agosto 1896: 704. Web. 13 abril 2019.
- . “Palique.” *Madrid Cómic* 11 julio 1896: 699. Web. 13 abril 2019.
- . “Palique.” *Madrid Cómic* 7 agosto 1897: 259. Web. 13 abril 2019.
- . “Palique.” *Madrid Cómic* 9 oct. 1897: 331. Web. 13 abril 2019.
- . “Palique.” *Madrid Cómic* 29 enero 1898. Web. 13 abril 2019.

- . "Palique." *Madrid Cómico* 23 abril 1898: 331. Web. 13 abril 2019.
- . "Palique." *La Unión* 12 nov. 1879. Web. 13 abril 2019.
- . "Revista mínima." *La Publicidad* 30 sept. 1895. Web. 13 abril 2019.
- . "Revista mínima." *La Publicidad* 28 julio 1898. Web. 13 abril 2019.
- ALONSO, CECILIO. "El centro y la periferia: la nación plural." *Historia de la literatura española 5. Hacia una literatura nacional (1800-1900)*. Madrid: Crítica, 2010. 151-67.
- BESER, SERGIO. *Leopoldo Alas, crítico literario*. Madrid: Gredos, 1968.
- BOURDIEU, PIERRE. *Intelectuales, política y poder*. Trad. Alicia Gutiérrez. Buenos Aires: Eudeba, 2003.
- BLANCO, ALDA. "Spain at the Crossroads: Imperial Nostalgia or Modern Colonialism." *Contracorriente* 5.1 (2007): 1-11.
- CACHO VIU, VICENTE. "Modernismo catalán y nacionalismo cultural." *El nacionalismo catalán como factor de modernización*. Madrid: Residencia de los Estudiantes – Quaderns Crema, 1999. 49-79.
- ESCARTÍN GUAL, MONSERRAT. "El Modernismo catalán frente al hispánico." *Revista de lenguas y literaturas catalana, gallega y vasca* 10 (2004): 43-54.
- IBARRA, FERNANDO. "Clarín y Rubén Darío: historia de una incompreensión." *Hispanic Review* 41.3 (1973): 524-40.
- LISSORGUES, YVAN. "Leopoldo Alas Clarín. Regionalismo. Nación. Europeísmo." *Ínsula* 659 (noviembre 2001): 18-20.
- . "España ante la guerra colonial de 1895 a 1898: Leopoldo Alas Clarín, periodista, y el problema cubano." *Hommage à Juan Marinello et Noël Salomon: Cuba, les étapes d'une libération (Actes du Colloque International des 22-24 novembre 1978)*. Toulouse: U de Toulouse, 1978. 47-76.
- LITVAK, LILY. "La idea de la decadencia en la crítica antimodernista en España (1888-1910)." *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona: Anthropos, 1990. 111-27.
- MAINER, JOSÉ CARLOS. "Entre Madrid y Barcelona: la invención del novecentismo." *Historia, literatura, sociedad y una coda: literatura nacional española*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000. 297-330.
- MARTÍNEZ CACHERO, JOSÉ MARÍA "La actitud anti-modernista del crítico Clarín." *Anales de Literatura Española* 2 (1983): 383-98.
- MARTORI, JOAN. "Narcís Oller." *Visat* 7 abril 2009. Web. 7 marzo 2019.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ. "Nación y nacionalismos en España, siglos XIX y XX." *Nueva historia de la España contemporánea (1808-2018)*. Eds. José Álvarez Junco y Adrián Shubert. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018. 267-97.
- PENAS, ERMITAS. *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*. Santiago de Compostela: U Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 2003.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE. *Ariel*. Prólogo de Leopoldo Alas "Clarín." Valencia: Ed. Prometeo, 1910.

- RUBIO JIMÉNEZ, JESÚS, Y ANTONIO DEAÑO GAMALLO. "Entre París y Oviedo: 15 cartas inéditas de Enrique Gómez Carrillo a Leopoldo Alas, Clarín." *Anales de literatura Hispanoamericana* 43 (2014): 129-58.
- RUEDA, SALVADOR. *El ritmo. Crítica contemporánea*. Biblioteca Rueda, tomo IV. Madrid: Tipografía de los Hijos de M.G. Hernández, 1894.
- SAINZ DE ROBLES, FEDERICO. *Ensayo de un diccionario de la literatura*, tomo II. Madrid: Aguilar, 1949.
- SOTELO VÁZQUEZ, ADOLFO. "Josep Yxart y el teatro español a finales del siglo XIX." *De Cataluña y España. Relaciones culturales y literarias (1868-1960)*. Barcelona: U de Barcelona, 2014. 129-50.